

# LAS AGRAS DE CENTENO Y LA RIA DE VIGO

No pretendemos establecer ningún paralelismo. De hecho, el campo del adusto centeno montaños, aun no segado, se une con el esplendor, blanco y azul esplendor calmo, de la orla del mar de Vigo. Sus relaciones entran en el dominio del imponderable económico, no menos presente, operante y misterioso, que el político... Contentémonos con aludir a dos «formas» diferentes—la ribera moderna, el campo antiguo—de una misma profunda unidad. De alguna manera hay que entrar en el tema.

Exige «actualismo» el asunto. Una visión de Galicia en 1950. El problema es grave y no deja de plantearse con cierta ironía. No estamos aún a la mitad del curso del año. Es además el 50 un año central, crítico. El «divortio aquarum» del siglo. Las aguas van al 21. Se siente—la juventud con la encantadora impaciencia de los ríos jóvenes—la llamada del siglo futuro. Dirán con el tiempo los ensayistas si nuestro 1950, aun a la mitad, tiene perfil de cúpula, rotunda, cerrada, maestra, o se quiebra como los perfiles de las cordilleras melladas por los torrentes. Los «ensayistas» hemos escrito, si es que no vuelven los filósofos de la historia.

Vigo ha logrado su nuevo puerto pesquero, blanco, aséptico, preciso orden de azul, blanco, gris. La montaña y la «bocarribera» están acabando de segar su centeno. Las trémulas superficies de las «agras» de oro se han enrollado y concentrado en la geometría de los almiarés y en el terrón despojado comienzan a verdear los maíces de la segunda cosecha. Lo mismo ocurría cuando el Atlántico era un misterio, cuando el celta disponía las defensas del castro. Con el cereal rudo y honrado emigra el cuclillo y cesa la cantata del rui-señor. Se afirma con San Juan la gloria del sol y en pocos días la primavera es un hecho histórico. Con todos los misterios, interrogaciones y dudas de los hechos históricos.

Lo constante de una agricultura esencial y lo novísimo del puerto pescador. No podría ser este contraste y armonía el único eje de nuestro artículo. Provisionalmente admitamos ser el consorcio de lo viejo y lo nuevo ley del vivir de Galicia. A veces violento, sin transición. Otras, cíclico, perfecto. Sin lo constante—no llamemos viejo al trabajo del pan y el vino—, Galicia dejaría de ser. Sin lo nuevo, habría una Galicia disminuida. Pues Galicia siente y ama, como pocas tierras, las novedades.

Este año, en lo constante, podemos señalar una novedad: aumenta la tierra dedicada al pan. Grandes lomos de montaña, «gándaras» vacías, se animan con los rectángulos y rombos de los nuevos labradíos. De lejos parecen reflejos cuajados de sol de invierno o mantas y refajos puestos a enjugar. Seguimos pensando en el pan fuerte y honrado de la montaña. Muchas gentes de la ciudad no saben nada de la belleza y poesía del centeno, aunque las dificultades económicas les hayan enseñado a no rehusar su sabor leal y confortativo en el pan amasado por rústicas manos y la harina nacida al son de molinos arcádicos. En la economía gallega no puede pasar inadvertido el hecho de esta colonización en mayor escala del monte y del yermo. Obra espontánea, aldeana, sin plan, vital.

Los aguafuertistas, los pintores, poetas y noctámbulos sienten el abandono del viejo Berbés. «Laxeiro» y Urbano Lugris saben del Berbés más que los patronos y los síndicos. Dejemos a los barcos fantasmas y los náufragos surgiendo en la niebla para beber un vaso con cualquiera de los dos geniales pintores. No colma el mar ni un tumulto de escamas la concha del Berbés y sus soportales se friegan los ojos. Pero el nuevo puerto merece un poema marino. Es un triunfo de la técnica, digno de servir de ejemplo en el eterno diálogo platonizante sobre el arte de hacer bien las cosas por sólo quien deba hacerlas, sin «aficionados».

Vigo resuena en puertos y costas lejanas. Atrae, ordena, concierta. Su joven experiencia industrial y marinera obtiene simpatía en este tiempo de los jóvenes. La verdad de ser Vigo la perfecta creación gallega del siglo xx cobra nuevo acento en el año clave.

Volveremos a hablar del claro puerto. En una consideración de actualidad, Vigo es, una y otra vez, actual.

## LA CANCIÓN DEL SUBURBIO Y EL OCASO DE LAS CONVERSACIONES

HE aquí, sin duda, un título caprichoso. Es que lo actual huye y hay que engañarlo para que un instante se quede quieto. Al escribir suburbio, si no queremos decir belleza, tampoco el lóbrego y arbitrario paisaje de «arrabaldos» de cinturón industrial. Todas las ciudades gallegas han crecido en estos años, están creciendo. Todas menos Túa y Mondoñedo. No las saludamos con el aire melancólico de los románticos. Sorprendería a muchos el ritmo íntimo de estas viejas ciudades episcopales, de que volveremos a tratar, quizá, en este artículo.

También crecen las villas y muchas aldeas se van haciendo «villas», por lo menos en la estructura. Todas las aldeas no están en absoluto desprovistas de comunicación. El motor triunfa, domina y apasiona. En países de población dispersa el auto es agente esencial. Se adapta a lo antiguo, y si perturba lo bucólico, es condición de lo económico.

Crece las ciudades por inmigración del campo y por propia expansión. Así expresadas, parece disminuirse un poco la comicidad de las expresiones perogrullescas. Son indispensables, y el lector nos permitirá fijarnos algo en la segunda. Las gentes se cansan de las calles estrechas y oscuras, por muy respetables que sean. El sol, un trozo de jardín, un horizonte de masas de agua, de verdor, de rocas, se han

# REPASO DE LA GEOGRAFIA GALLEGA POR RAMON OTERO PEDRAYO





hecho indispensables al sastre y al albañil, al maestro zapatero, al comerciante, enriquecidos, un poco enriquecidos, y lo mismo al señorito que hace años tal vez vendió o abandonó sus tierras para encerrarse en una casa de la ciudad. En el desarrollo de las ciudades gallegas se da un caso de vuelta al campo sin alejarse de la calle y su atractivo, como en las nuevas fisonomías aldeanas domina el deseo de urbanizar, si no el campo, una parte de la vida en el campo.

En sus líneas generales, el proceso de expansión parece haber alcanzado un perfil de equilibrio. Podrá La Coruña establecer grupos de bloques en las primeras colinas estrictamente continentales, fuera de las prestigiosas curvas rectoras de impronta marina, y, sin duda, vencida la condición y creadora exigencia del castro, lanzará Vigo sus avenidas con la seguridad de claras teorías realizadas. Una y otra pueden ampliar sus aureolas de aldeas y villas a su vez radiantes. No será ninguna de las dos—afortunadamente—la metrópoli del medio millón. Los teorizantes de comienzos del siglo creían en la gran urbe, densa y profunda, como expresión y base para un vivir gallego, amplio, atlántico, moderno. El ambiente necesario al consumo de los artículos finos del huerto, de una industria particularizada, de las altas campañas teatrales, artísticas, espirituales, de una unidad de cultura lograda, lo creían vinculado al espesor de un haz de calles, a la gravitación de un público. Han variado mucho los conceptos e incluso la terminología. Veremos cómo Galicia está en camino de obtener la ciudad radiante, capital y campo, el tipo adaptado a las condiciones espirituales e históricas.

Hemos citado las dos ciudades de crecimiento vigoroso, de hondas raíces y ramas lanzadas a brillante porvenir. No como únicos focos absorbentes en el mapa, sino como centros rectores y expresivos. Ambas atlánticas, de diversas aureolas y esferas atractivas. Responden a una ley fundamental del «hecho» geográfico gallego: la obediencia al ritmo atlántico, y se sitúan a los extremos de la zona vital de relaciones gallegas, la zona de los estuarios de las rías, donde los valles se perfeccionan a la vista del mar.

En el desarrollo de Lugo, de Orense, las condiciones varían no poco. No escribiríamos una paradoja si dijéramos cómo con toda su historia las dos capitales del Miño están en trance de ocupar su solar histórico. Ambas, sacudidas peseras antiguas, comienzan a situarse con relación al Miño—lo que fluye y pasa—y al horizonte. También las ciudades, inconscientemente, se proponen y realizan, o no realizan, objetivos.

En Orense y en Lugo los nuevos arrabales tienen en algunas direcciones un aspecto familiar. Los pequeños burgueses de la calle tradicional y oscura han decidido construir en el huerto. Es una realidad, a condición de colocar a su lado la más potente realidad de las fortunas comerciales.

En todo caso, el suburbio gallego no es cinturón industrial, sino degradación de la ciudad en la aldea, o al revés. Un estudio preciso y llevado con método nos daría en cada lugar el predominio y los

grados de interferencia. Pero no disponemos de tiempo para este delicado estudio.

Pudieramos adelantar que las otras dos ciudades episcopales de Galicia expresan la retirada de la ciudad ante el campo, o mejor, ante un sistema coordinado de aldeas de progresión ciudadana. No pierden la «calle». Los grupos circundantes aun no logran «calle». El camino urbanizado es otra cosa. En el fondo, es evolución semejante a la que en pocas décadas aisló las acrópolis de las parroquias aldeanas y formó las nuevas unidades itinerarias, de barrios en el sentido del fluir del camino—de la historia—, complicada con otros factores propios de la ciudad. El ritmo es diferente en Mondoñedo, ciudad de valle, y valle escalón entre el planalto lucense y la ribera cantábrica, y Tuy, ciudad de estuario y además acrópolis fronteriza.

Parece no tener conexión alguna lo señalado con el título un poco a lo Eça de Queiroz sobre la decadencia de la conversación. En Geografía humana trascendencia es limitación, y fácil secuencia, huir del método psicológico. Es evidente que en Galicia, país de mucha conversación en todas las clases y entre todas las clases, se habla cada vez menos. La rapidez del vivir, las horas precisadas, calculadas en su rendimiento útil de trabajo y de descanso, contribuyen a explicar el hecho, no agotan sus motivos. La mayor difusión de la riqueza, las más grandes facilidades en ganancia y gasto, si, por un lado, se traducen en el crecimiento ciudadano, por otro deciden en el proceso de la decadencia de la conversación. Antes de pasar a la causa central nos apresuramos a recordar que no es lo mismo difusión y densidad, ni fácil ganancia y gasto, que seguro disfrute en lo tocante a la riqueza. Y no sorprenderá a quien viaje en nuestros autobuses y trenes la teoría de que la decadencia de la conversación está determinada por la aspereza de una lucha, no de clases, en el sentido corriente, y sí de intereses y «formas», lucha en que el objetivo es el nivel, un hipotético nivel burgués y ciudadano. Lo buscan el emigrante, el campesino, sobre todo el hombre de tráfico, trafique en obras, en ganado, en pequeño comercio. En el paisaje humano de Galicia se dibujan todos los aspectos de la rápida transformación económica de los últimos decenios. La valoración es difícil. Depende de una tarifa, de una cosecha. En este año 50 la rentabilidad conjunta de Galicia alcanza su máxima capacidad para lo económico. Nos referimos a la proporción de lo pretérito, pues el aire social parece muy lejos aun de haber alcanzado ni el umbral de la saturación, de la posible saturación, de lo económico.

## EL TRIUNFO DE LOS GENIOS DEL AGUA

LOS románticos hubieran llorado con las hadas de las fuentes, y los mitógrafos, a su frente Boura Bray, con su *Mitología del agua en el N. O. hispánico*, fruncen el ceño.

Los ríos gallegos, cargados de experiencia geológica, soñaban con



el reposo de lentos estuarios, como el maravilloso de Pontevedra, pulsado por la marea y con un final de cola y fuga de epílogo. Algunos de ellos ven interrumpido su fluir, rejuvenecido artificialmente el viejo y grato valle y lanzadas las aguas prisioneras, encerradas y calculadas en función de las estaciones. Las presas son ya un factor en el paisaje y en el ritmo geográfico de regiones enteras. Primero fué el Tambre, aprisionado cuando se aproxima a su descanso. Ahora, el Sil y el Miño en los solemnes conjuntos de su confluencia entre maduras montañas. Se habla de un embalse sencillo y gigante. Inundará la vega más hermosa y rica del Miño central, con trastorno de los ejes de la economía de varias comarcas. Y es una realidad el nuevo Limia, detenido en Lago, al salir de la Limia, en el tramo de las aguas aceleradas en los meandros hundidos de las «Conchas».

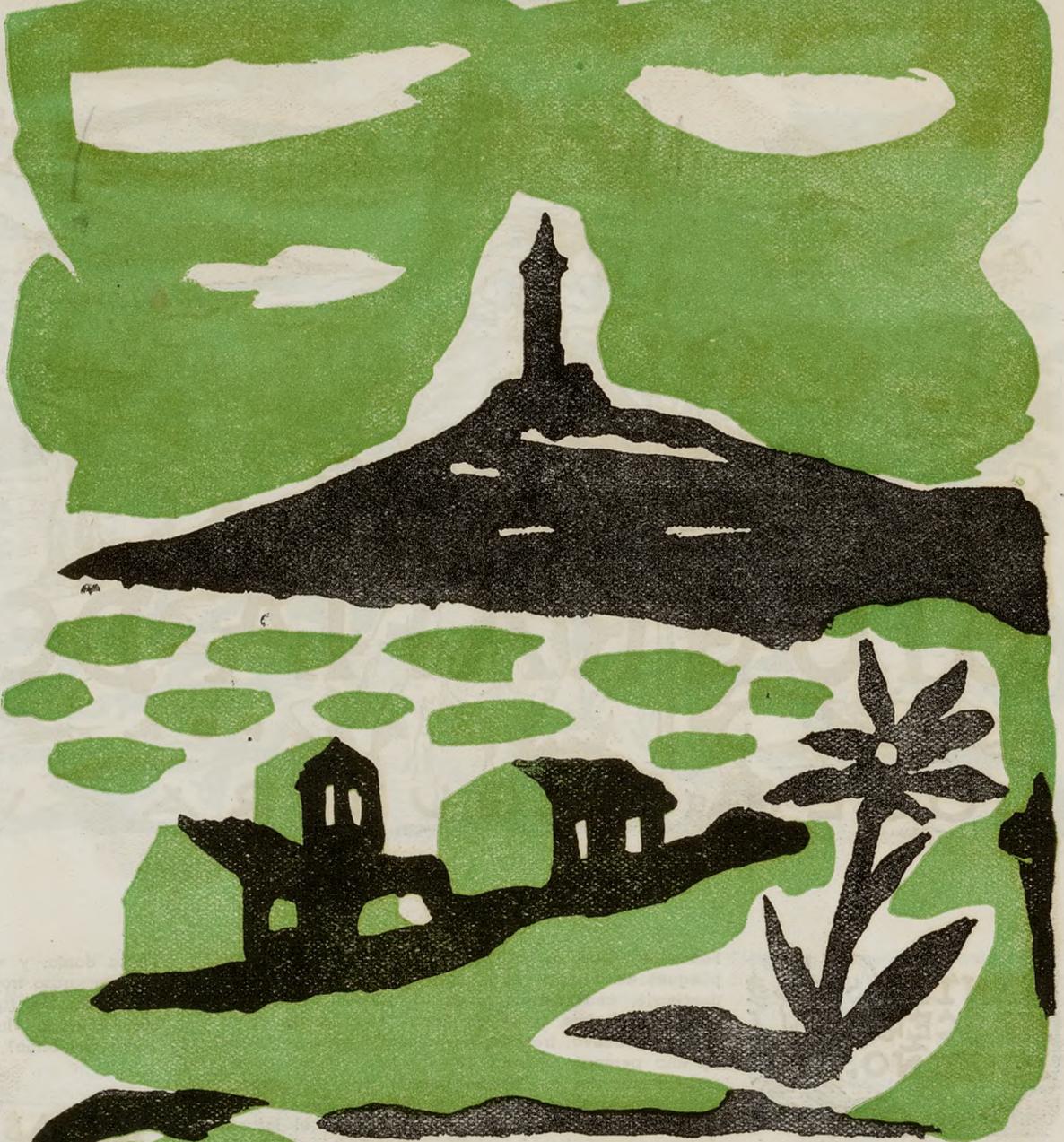
Pudiera recordarse, no sin tristeza, el tema nórdico de «la campana sumergida», dramatizado por Hauptmann. Desaparecieron lugares enteros, como el de Porto Quintela, formado en un cruce de caminos por la energía de un hombre, el viejo lugar de los Baños de Bande, y las aguas cubren la fábrica romana de la Puente Pedriña... Realizaron los romanos grandes obras en los valles hasta modificar para siempre los procesos del relieve. Buscaban el oro. En la actualidad es la energía eléctrica la buscada y obtenida en formidable escala. En pocos años, Galicia, el viejo macizo granítico esculpido en formas expresivas por la atmósfera y la historia, se va constituyendo en fuente de energía. Los tendidos eléctricos son caminos y rumbos en los flancos de las sierras. Establecen un sistema lógico, en contraste con la reflexiva y oportunista formación de los viejos caminos de los hombres.

He aquí el clima y el relieve gallegos hechos factores de fuerte renovación industrial. La aldea gallega hace décadas se halla electrificada en gran proporción. Y no es extraño caso la precedencia de distritos montañosos de vida arcaica respecto de otros de apariencia más accesible.

En el mismo rumbo de mejoras industriales podríamos señalar en este año el lisonjero aspecto de las condiciones de un futuro minero. La atención, desviada de las grandes formaciones de hierro, se concentra en riquezas menos frecuentes, como el amianto, el manganeso, como si la riqueza mineralógica del suelo gallego guardara este don para nuevas industrias.

## PEREGRINOS Y TURISTAS

CONFESAMOS nuestra poca simpatía respecto al nombre y ocupación de los turistas, sin extremarla, porque tiende a desaparecer, en el sentido de superficialidad y moda. Las apariencias parecen contradecir nuestro aserto. Confiamos en la creciente gravedad de las horas de los hombres y en la acción eficaz y callada de los paisajes y las obras del arte y la historia...



Son aún muy nuevos algunos hoteles de La Coruña; otros nuevos se preparan en Vigo; la cantidad de bañistas crece y busca su marea del interior, senos antes olvidados o desconocidos de la costa. Baste consignar el hecho. Especialistas y hasta organismos públicos existen para informar con detalles, y esas columnas de estadísticas tan convincentes si negrean oportunamente sus cifras...

Hablemos de los peregrinos, de los peregrinos en una generosa libertad, entendiéndolo por tales los arqueólogos y los viajeros que, sin guías, saben aún viajar. No ha decrecido la regular y hermosa peregrinación anual a los santuarios. Es como el latir estacional del corazón gallego. En algunos respectos es mayor su latido. Los emigrados sienten estas profundas llamadas de su stirpe. Quizá temporalmente se desvirtúen las fiestas y romerías. Confiando en el «ser» robusto de Galicia no puede dudarse que todo lo superfluo será eliminado. El tiempo es el gran justiciero y el incomparable humorista también.

Se conoce mejor Galicia y—lo que es importantísimo—se va conociendo mejor por los gallegos. Aquí debemos acentuar con alegría el conocimiento de las regiones occidentales, sobre todo las dos comarcas gratificadas por el Atlántico incomparablemente: las marañas y las rías bajas. Y señalar la ignorancia general sobre las espléndidas regiones montañosas del Este. Faltan caminos, es verdad. Pero los montañeros de Peña Trevinca supieron descubrir incomparables áreas al deporte de invierno y, con ello, la llave de muchas bellezas casi inéditas. Señalemos Peña Trevinca como una de las novedades gallegas—de las pocas—que autorizan y fundamentan un optimismo.

\* \* \*

Hace un instante recordábamos la aspiración décimonoma y novecentista hacia la gran ciudad. Hoy, en Galicia, se restablecen los fundamentos y se inician los ritmos de la región, no digamos «urbanizada» en el sentido prosaicamente municipal. Digamos la comarca—la región geográfica—, ordenada en función ciudadana, sin perder la admirable libertad de los grupos. Betanzos y sus marañas, las orlas de Vigo, las de Pontevedra, el contorno ferrolano, el valle inferior del Avia, algunos segmentos del Miño, otros valles, no pocas «bocarriberas», como el Carballino. La inserción del valle del Sar en el país ullán, admirable fusión de motivos, ¿no autorizan a predecir en un futuro no lejano el predominio en Galicia de esa forma geográfica de ciudad penetrada de campiña? Su vigor alienta ya. Falta una compenetración y un sentido estético, formado en el estudio y sentimiento de Galicia, y su paisaje humanizado y su forma predilecta de grupos libres y combinados en un fondo de curvas marinas o de cuestas suaves...